La Luisiana

José Antonio Samper y Clara Eugenia Hernández

La emigración canaria

El territorio de Luisiana formó parte del imperio español desde el año 1762 hasta 1800. En el tratado de Fontainebleau de noviembre de 1762 fue cedido por el rey francés Luis XV a Carlos III en compensación por las pérdidas que había sufrido España en la Guerra de los Siete Años. Luisiana fue devuelta en 1800 a Napoleón Bonaparte, quien poco después la vende a los Estados Unidos de América.

Para consolidar el dominio español y para potenciar la economía de Luisiana, el gobernador Bernardo de Gálvez, que rigió los destinos de la colonia desde finales de 1776, abrió un período de intensa inmigración y colonización que acabó llevando a más de 2.000 canarios a aquella región de Norteamérica. No puede resultar extraña la participación de los isleños en esta empresa, porque la emigración de los habitantes del archipiélago al Nuevo Continente ha sido constante desde poco después de su conquista por la corona de Castilla. A los canarios se recurrió con mucha frecuencia para repoblar amplias zonas del imperio español, como Las Antillas, la Florida o Venezuela, lugares a los que los isleños llegaron como marineros y soldados, pero también como artesanos, campesinos o simples colonos.

De acuerdo con las intenciones del citado Bernardo de Gálvez, el Gobierno español dirigió una orden, fechada el 4 de agosto de 1777, a Matías de Gálvez, lugarteniente del rey en las Islas Canarias, para que realizara allí una recluta 'a fin de completar el Batallón de Ynfanteria de la Luysiana de los hombres que le faltan y de formar el 2.º batallón' (AGI. Santo Domingo, leg. 2.661, 1777, fol. 708 vuelto). A pesar de algunas voces que en las islas se opusieron al envío de canarios y de las reservas de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, hubo una respuesta muy positiva, favorecida por la paupérrima situación en que se encontraban los agricultores y los jornaleros tras la crisis del comercio vitivinícola y por las malas cosechas de 1774 y 1778 en Tenerife (Hoffman, 1992: 154).

Entre las instrucciones que debían seguirse para la recluta había algunas referidas a las características personales (edad, constitución física, costumbres, profesión, etc.) que tenían que cumplir los aspirantes a enrolarse:

> No se admitirá recluta que no tenga diez y siete años cumplidos, ni mayor de treinta y seis, y esto ha de ser con obligación de empeñarse lo menos por ocho años.
> Su estatura medido descalso de cinco pies y seis líneas con la robusted y buena disposición que requiere la fatiga del exército, sin imperfección notable en su persona, libre de accidentes habituales, u otros incurables y sin vicio indecoroso, ni extracción infame como mulato, gitano, verdugo, carnicero de oficio o castigado con pena o nota por la justicia. (AGI. Santo Domingo, Leg. 2.661, 1778, fol. 755 verso).

En la citada orden real se señalaba que debían reclutarse 700 soldados, un número que se completó rápidamente. En realidad, a finales de mayo de 1779, cuando se deja de hacer la recluta, el capitán e ingeniero comandante de las islas Andrés Amat de Tortosa (que había sucedido a Matías de Gálvez cuando este fue nombrado virrey de Nueva España) ya había alistado a 2.373 personas distribuidas en 519 familias (Molina Martínez, 1982: 143). Esta cifra suponía el 1,39% del total de la población que tenía Canarias tres años antes (1776), según el recuento del marqués de Tabaloso (vid. Santana Pérez y Sánchez Suárez, 1992: 128).

Se embarcan canarios de las distintas islas, sobre todo de las dos mayores (Tenerife y Gran Canaria), aunque los datos sobre este punto no son totalmente coincidentes. Guillotte

(1982: 22), que habla de un total de 2.010 emigrantes, indica que 1.203 procedían de Tenerife, 789 de Gran Canaria y 18 de Lanzarote (vid. asimismo las cifras, algo distintas, que aporta el trabajo de Molina Martínez, 1982: 143). Sin embargo, hay fundados motivos para pensar que hubo emigrantes de las otras islas. Por ejemplo, un estudio de Hernández Rodríguez (1982) recoge documentación fidedigna que indica que de La Gomera emigraron 85 familias que constituían un total de 393 personas[1]. Como señala Lipski (1990: 3), es impensable que en las primeras expediciones a Luisiana no hubiera emigrantes de ninguna de las cuatro islas restantes, las tradicionalmente más pobres del archipiélago (vid. Din, 1988: 17).

Según Santana Pérez y Sánchez Suárez (1992: 149-163), que han estudiado los datos sociológicos de la población embarcada en Tenerife, los hombres suponían un 52,4% del total y las mujeres, el 47,6 % restante[2]. Se trata de una diferencia pequeña porque la de Luisiana fue una recluta patrocinada por el Gobierno. Los emigrantes eran bastante jóvenes y potencialmente activos, dado que la media de edad era de 22,9 años, algo normal en este tipo de emigración. En cuanto a las profesiones, hay un claro predominio de los jornaleros. Con respecto a la estructura familiar, la de cinco miembros era la más frecuente.

La consulta de diversas monografías históricas, especialmente las de Molina Martínez (1982) y Din (1988), permite componer el cuadro siguiente con los datos relativos a las salidas de canarios con destino a Luisiana durante los años 1778 y 1779.

cuadro 1 Relación de barcos que salen desde Canarias con destino a Luisiana en los años 1778 y 1779

Fecha de salida	Barco	Capitán	Total de personas	Número de soldados
10-07-1778	Santísimo Sacramento	Benito Ripoll	264	125
22-10-1778	La Victoria	Andrés Orange	292	88
29-10-1778	San Ignacio de Loyola	Félix de la Cruz	423	115
09-12-1778	San Juan Nepomuceno	Domingo Morera	202	53
17-02-1779	Santa Faz	Josep Maró	406	102
05-06-1779	Sagrado Corazón de Jesús	Manuel Nicolás Mongeoti	423	117

El paquebote *Santísimo Sacramento* llegó a Cuba el 1 de septiembre de 1778; a Nueva Orleans arribó el 1 de noviembre con los primeros 111 reclutas canarios. Los viajes siguientes ya no hacen escala en La Habana sino que van directamente a Nueva Orleans. El último de los navíos que figura en el cuadro anterior, la fragata *Sagrado Corazón de Jesús*, se vio obligado a tomar rumbo hacia Cuba por el inicio de la guerra entre España e Inglaterra.

Como después del estallido de la guerra todavía quedaban en las Islas Canarias 99 soldados y 75 familias (368 personas en total) preparados para ser trasladados a Luisiana, Amat los envió en tres bergantines que corrieron suerte dispar. El *San Carlos* (con 47 reclutas y un total de 159 personas) fue apresado por los británicos; los canarios fueron llevados a Dinamarca y posteriormente arribaron a Cuba, adonde los llevó una fragata sueca y desde donde, finalmente, algunos consiguieron llegar a Luisiana. El *San Pedro*, que llevaba 119

personas, entre las que había 35 reclutas, recaló en La Guaira (Venezuela); algunos de esos isleños llegaron más tarde —aunque no se sepa bien cómo— a Luisiana. El tercer bergantín, *Nuestra Señora de los Dolores*, que fue el único que llegó sin problemas a La Habana, llevó solo 17 reclutas y un total de 89 pasajeros.

El último buque que transportó colonos canarios a Luisiana fue el *San José* en mayo del año 1784 (eran tres mujeres de soldados que habían desertado antes de la salida de los barcos en que iban sus maridos y que se habían arrepentido de su decisión). Pero a Luisiana también habían llegado en agosto de 1783 algunas familias canarias que embarcaron desde el puerto de La Habana: la fragata *Margarita* llevó a 151 personas y el paquebote *Santísima Trinidad*, a 110 (un total de 25 familias). En diciembre de ese mismo año llegaron los últimos isleños desde La Habana: seis familias a bordo del *Sloop Delfín*.

Los canarios en Luisiana

Los primeros reclutas de las islas llegaron a Luisiana el 1 de noviembre de 1778, si bien la mayoría no lo hace hasta los primeros meses del año siguiente. A su llegada, los canarios fueron ayudados por el gobernador Gálvez, quien destinó a estos inmigrantes y a los llegados desde Málaga los fondos de inmigración que inicialmente estaban previstos para atraer colonos franceses. Desde el principio, Bernardo de Gálvez fue consciente de que los soldados casados no podrían mantener a sus familias con el escaso sueldo que recibían. Por eso, estos soldados fueron recompensados con ayudas económicas que les permitieron asentarse como pobladores[3]. Se crearon cuatro comunidades isleñas. La que ha tenido una más larga existencia y ha perdurado hasta hoy es San Bernardo, en la orilla este del Misisipi a unas 35 millas al sureste de Nueva Orleans, donde se instalaron 160 familias (un total de 800 personas). El nombre de 'isleño' designa a los descendientes canarios que viven en la parroquia de San Bernardo[4].

Dos asentamientos —Barataria y Galveztown (cuyo nombre es un reconocimiento a la labor realizada por Bernardo de Gálvez)— tuvieron una vida muy efímera. Los huracanes de 1779 y 1780 ocasionaron el inmediato abandono de Barataria. Galveztown también sufrió muchas calamidades y sus habitantes acabaron trasladándose a la vecina Baton Rouge, a 24 millas, o a la más cercana Gálvez, una pequeña aldea que todavía existe hoy. Realmente esas comunidades habían sido ubicadas en lugares sometidos a inundaciones y que exigían un tipo de cultivo muy distinto al empleado en Canarias. Estas duras condiciones desanimaron a los colonos desde el primer año —cuando tuvieron que afrontar por primera vez la humedad del invierno y las inundaciones de la primavera, con la consiguiente pérdida de las cosechas—, les ocasionaron enfermedades e incluso trajeron la muerte para muchos de ellos.

La última comunidad, Valenzuela, se situó en el *bayou* La Fourche, cerca de la actual Donaldsonville, y ha permanecido hasta hoy, a pesar de los problemas iniciales y de que la población canaria fue casi absorbida por los acadianos, que constituían la mayoría de la población de la zona. Los descendientes de estos canarios reciben el nombre de *brulis*.

Por su importancia para explicar el mantenimiento del español canario en Luisiana, dedicaremos una atención primordial a los isleños de San Bernardo, si bien incluiremos constantes referencias a la modalidad bruli, que también cuenta con estudios de interés.

Las ocupaciones principales de los isleños de Luisiana han estado estrechamente relacionadas con el medio geográfico en que han tenido que vivir. El delta del Misisipi, tan diferente a las condiciones naturales del archipiélago español, ha condicionado su modus vivendi y por eso los descendientes de los canarios se han dedicado esencialmente a la pesca y a la caza con trampas. La primera actividad se ha orientado sobre todo a la recolección de camarones, ostras y cangrejos; en cuanto a la segunda ocupación, los isleños

han sido tramperos de ratas almizcleras y otros animales de pieles valiosas y cazadores de caimanes. Al principio también se dedicaron a la caza del pato, que constituyó en ciertos momentos un importante medio de ingresos, y a la horticultura.

La caza con trampas se convirtió en una productiva fuente de riqueza que permitió mejorar el nivel de vida de los isleños, especialmente en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Según la información que proporciona MacCurdy (1975), se cazaba durante los meses de enero y febrero, época en que incluso se interrumpían las actividades escolares porque la familia entera se marchaba a la zona de las marismas; el resto del tiempo lo dedicaban a la pesca del camarón (que tenía dos temporadas: desde el 16 abril al 9 de junio y desde el 11 de agosto a finales de octubre).

Los grupos que se dedicaron a estas actividades fueron los que conservaron mejor sus costumbres ancestrales, mientras que los que trabajaron en la agricultura fueron pronto asimilados por la cultura francesa. El aislamiento de las comunidades isleñas, las estrechas relaciones entre sus habitantes y sus especiales ocupaciones laborales contribuyeron, sin duda, a la pervivencia de sus señas de identidad tradicionales. En 1838 un periodista del *Weekly Picayune* escribió: 'Su organización social nos recuerda el sistema patriarcal. Entre ellos mismos hay algunos ancianos cuya palabra tiene la misma influencia que la de un monarca... Se casan solamente entre ellos y raramente contraen alianzas fuera de los límites de la parroquia. Hemos visto hasta media docena de casas, construidas unas al lado de las otras, de forma análoga'. Son palabras recogidas por MacCurdy (1975: 477-478), quien confiesa que esta situación apenas había cambiado en los años cuarenta del siglo XX, cuando él pasa cierto tiempo en la comunidad isleña.

Los adelantos técnicos y los avances en las comunicaciones que tienen lugar a principios del siglo XX supusieron cambios importantes para esa estructura social cerrada. El sistema de escuela pública también implicó una relación de los niños isleños con otros que hablaban *creole* o inglés. Asimismo, algunos fenómenos naturales, como los huracanes que asolaron Nueva Orleans el año 1915, obligaron al traslado de algunos isleños. Los años veinte, con la imposición de la ley seca en los Estados Unidos, trajeron una nueva ocupación para los marinos de Delacroix: el contrabando de ron desde la costa de Cuba.

La Segunda Guerra Mundial, con el alistamiento de los jóvenes isleños, originó un sentimiento patriótico entre los habitantes de San Bernardo y los sacó de su aislamiento, porque esos soldados tomaron conciencia de su pertenencia a una gran nación. Hoy la principal fuente de trabajo para la población isleña se encuentra en las refinerías petrolíferas de Nueva Orleans. El abandono de las actividades tradicionales ha supuesto el fin del aislamiento de la comunidad (vid. Coles, 1993).

A finales de los años setenta del pasado siglo, con el auge de los movimientos de conciencia cultural en los Estados Unidos, la comunidad empezó a reconocer su identidad y muchos isleños redescubrieron sus orígenes canarios. A partir de los ochenta ya hay contactos oficiales regulares con el gobierno autónomo de Canarias. La creación de Los Isleños Heritage and Cultural Society (1976), el Isleño Museum y la programación de unos cursos informales de verano reflejan el esfuerzo de los descendientes de canarios por mantener su dialecto y sus tradiciones (Coles, 1993, da información detallada de las actividades desarrolladas por estas instituciones)[5]. Hoy se cuenta con un número importante de cintas magnetofónicas con grabaciones de isleños y de películas en las que se entrevista a los miembros más viejos de la comunidad. Todas estas iniciativas se han visto muy seriamente afectadas por el paso del huracán Katrina en 2005.

Actividades como las señaladas en el párrafo anterior suponen un intento de conseguir que la comunidad isleña mantenga la conciencia de su identidad, a pesar del lento declinar de la lengua. Como afirma Coles (1993), la herencia cultural isleña podrá sobrevivir aunque no permanezca el dialecto.

El mantenimiento del español, con las características propias de la modalidad canaria, se ha explicado por las condiciones de aislamiento en que vivió durante casi dos siglos la comunidad de isleños. Pero ¿esa incomunicación fue absoluta o hubo otros españoles que llegaron a tierras de Luisiana después de las primeras migraciones del siglo XVIII?

No hay duda de que llegaron más españoles, no solamente de Canarias sino de otras partes de España, como Andalucía, Santander, Cataluña o Galicia (vid., entre otros, Din, 1988: 102; Armistead, 2007: 54, y Lipski, 1990: 4). Armistead (2007: 228) indica que prácticamente no hay una familia isleña que no cuente con algún ascendiente venido de España a finales del siglo XIX o principios del XX, si bien es cierto que en la mayoría de los casos los isleños desconocen la procedencia exacta de sus antepasados. Es más que probable la llegada de otros canarios, porque la ya conocida tendencia histórica de este pueblo a la emigración se vería favorecida en este caso concreto por las noticias y las invitaciones que les llegarían de los isleños ya aclimatados en Luisiana. Por otro lado, hay datos objetivos que confirman la llegada de nuevos emigrantes: Guillotte (1982: 27) señala que en la comunidad de los isleños en 1850 había 63 habitantes que habían nacido en España (se supone que la peninsular), 7 en Canarias, 7 en Cuba y 7 en México.

La llegada de otros españoles continuó en el siglo XX; muchos eran marinos que entraban en contacto en Nueva Orleans con los descendientes de canarios y que, en algunos casos, acababan casándose con isleñas. En un proceso de koinización, tan frecuente en el Nuevo Continente, estos españoles de distinta procedencia terminaban adaptando su norma lingüística a la predominante en la comunidad.

Precisamente Armistead (2007) encuentra en esa frecuente y temporalmente próxima corriente inmigratoria —junto con la cercanía a Cuba, México y Centroamérica— una de las razones más importantes para explicar el mantenimiento de la lengua y la cultura hispánicas. La llegada de los inmigrantes hispanos suponía, sin duda, un refuerzo de las tradiciones de la comunidad: 'La cultura hispánica de la parroquia de St. Bernard puede entonces caracterizarse, no tanto por su aislamiento conservador, dependiente tan solo de sus lejanos orígenes canarios, sino más bien por su tradición dinámica y ecléctica, que se enriqueció con continuos y abundantes préstamos, tomados de otras fuentes hispánicas, para crear su propia e inconfundible herencia isleña' (Armistead, 2007: 229).

Notas

[1] Precisamente la salida de un número tan importante de gomeros para Luisiana originó una serie de protestas de los defensores del régimen señorial que imperaba en aquella isla, preocupados por la disminución de mano de obra. En la salida de los gomeros hubo de influir también la crisis del cultivo de la orchilla (vid. Hernández Rodríguez, 1982).

[2] Tornero (1977: 350), en una investigación similar con fuentes del Archivo General de Indias, encontró que el porcentaje de varones era de 53,9%, algo superior, como se ve, al que encuentran Santana Pérez y Sánchez Suárez.

[3] Según la información que proporciona Hoffman, los fondos de inmigración con los que Gálvez ayudó a los canarios constaban de 'un equipo básico de herramientas compuesto de un hacha, un azadón, una guadaña y una pala; un cerdo, un gallo y dos gallinas; una ración de un barril de maíz por adulto y medio barril de maíz por niño y por mes. La tierra medía cinco *arpents* en su parte frontal, donde había un arroyo, y las acostumbradas cuarenta *arpents* de profundidad' (1992: 155).

[4] Según Lestrade (1999: 4), el nombre de *isleño* también resulta apropiado porque el núcleo principal de la comunidad sigue siendo Delacroix Island, *la isla*.

[5] Posteriormente se ha creado otra asociación, la Canary Islands Descendants Association of San Bernardo (CIDA), que también cuenta con un museo en la llamada Casa López. Vid., entre otros, Lestrade (1999: 7-9) y Fariñas (2006).